

PENÍNSULA ATALAYA



Tim Marshall

Prisioneros de la geografía

Todo lo que hay que saber sobre
política global a partir de diez mapas

Tim Marshall
Prisioneros de la geografía

Todo lo que hay que saber sobre política global
a partir de diez mapas

Prefacio de Sir John Scarlett

Traducción de Antonio Lozano

ediciones península

Título original: *Prisoners of Geography*

© Tim Marshall, 2015, 2016

Queda rigurosamente prohibida sin autorización por escrito del editor cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra, que será sometida a las sanciones establecidas por la ley. Pueden dirigirse a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesitan fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).
Todos los derechos reservados.

Primera edición: abril de 2017

© de la traducción del inglés: Antonio Lozano Sagrera, 2017

Mapas al cuidado de JP Map Graphics Ltd

© de esta edición: Grup Editorial 62, S.L.U., 2017
Ediciones Península,
Diagonal 662-664
08034 Barcelona
edicionespeninsula@planeta.es
www.edicionespeninsula.com

PAPYRO - fotocomposición
ROMANYÀ-VALLS - impresión
DEPÓSITO LEGAL: B. 2.882 - 2017
ISBN: 978-84-9942-592-4

ÍNDICE

Prefacio de Sir JOHN SCARLETT, caballero de la Orden del Imperio Británico	9
Introducción	13
1. Rusia	23
2. China	57
3. Estados Unidos	89
4. Europa Occidental	119
5. África	147
6. Oriente Medio	177
7. India y Pakistán	221
8. Corea y Japón	251
9. América Latina	277
10. El Ártico	307
Conclusión	327
Bibliografía	333
Agradecimientos	339
Índice analítico	341

I
RUSIA

vasto (adjetivo): de gran área
o extensión; inmenso.





Rusia es vasta. Muy vasta. Inmensa. Vasta en un orden que casi alcanza los dieciséis millones de kilómetros cuadrados y once husos horarios; es el país más grande del mundo.

Sus bosques, lagos, ríos, tundra helada, estepa, taiga y montañas son vastos. Semejante tamaño lleva mucho tiempo arraigado en nuestra conciencia colectiva. Allá donde estemos, se encuentra Rusia, quizá al este o al oeste, al norte o al sur. Sea como sea, ahí está el Oso Ruso.

No es por azar que el oso simboliza tan inmensa nación. Ahí yace, a veces hibernando, a veces gruñendo, majestuoso pero feroz. Los rusos se muestran cautelosos a la hora de llamar al animal por su nombre, temerosos de despertar su lado oscuro. Prefieren llamarlo *medved*, «aquél al que le gusta la miel».

Al menos 120.000 de estos *medveds* viven en un país montado a horcajadas sobre Europa y Asia. Al oeste de las montañas que conforman los Urales encontramos la Rusia europea. Al este de las mismas se halla Siberia, que se extiende hasta el mar de Bering y el océano Pacífico. Cruzarlo en tren requiere de seis días en pleno siglo XXI. Los líderes de Rusia deben tomar en consideración estas distancias y diferencias a la hora de diseñar sus políticas. Desde hace siglos llevan mirando en todas direcciones pero concentrándose sobre todo en el oeste.

Cuando los escritores buscan llegar al corazón del oso con frecuencia recurren a la célebre observación que hizo Winston Churchill en 1939: «Es un acertijo envuelto en un misterio

que está dentro de un enigma». Sin embargo, son pocos los que completan la frase, que acaba diciendo: «Pero quizá exista una llave. Esa llave es el interés nacional de Rusia». Siete años después, Churchill usó esa llave para abrir su versión de la respuesta a ese acertijo al afirmar: «Estoy convencido de que no hay nada que admiren más que la fortaleza y de que no hay nada por lo que sientan menos respeto que la debilidad, especialmente la debilidad militar».

Bien podría haber estado hablando sobre el liderazgo actual de Rusia, cuya naturaleza sigue siendo autoritaria y teniendo el interés nacional en su núcleo, pese a hallarse bajo el manto de la democracia.

Cuando Vladímir Putin no está pensando en Dios y las montañas, está pensando en pizza. En concreto en la forma de un trocito de pizza: una porción.

El extremo delgado de esta porción es Polonia. En ella, la vasta llanura nordeuropea, que abarca desde Francia a los Urales (unos 1.600 kilómetros de norte a sur que levantan una barrera natural entre Europa y Asia), solo comprende unos 500 kilómetros de ancho. Se extiende desde el mar Báltico en el norte a los montes Cárpatos en el sur. La llanura nordeuropea comprende todo el oeste y norte de Francia, Bélgica, los Países Bajos, el norte de Alemania y casi toda Polonia.

Desde la perspectiva de Rusia, esto supone una espada de doble filo. Polonia representa un corredor bastante estrecho por el que podría movilizar tropas en caso de necesidad, es decir, para evitar el avance de un enemigo hacia Moscú. Pero a partir de aquí, la porción comienza a ensancharse: al llegar a la frontera rusa, su anchura ha alcanzado los 3.200 kilómetros y su aspecto es llano hasta Moscú y más allá. Incluso disponiendo de un ejército numeroso, resultaría complicado defender esta línea con solidez. De todas maneras, Rusia jamás ha sido conquistada por este flanco, en parte debido a su comple-

jidad estratégica. En el momento en que un ejército se planta a las puertas de Moscú, se encuentra ya con enormes líneas de abastecimiento imposibles de mantener, un error que Napoleón cometió en 1812 y que Hitler repitió en 1941.

De idéntico modo, la geografía protege a Rusia por el Extremo Oriente. Resulta difícil conseguir que un ejército se desplace desde Asia hacia la Rusia asiática: hay poco contra lo que combatir excepto la nieve y no se puede llegar más allá de los Urales. Se acabaría dominando un territorio gigantesco en condiciones muy adversas, con líneas de abastecimiento extensas y el riesgo permanente de un contraataque.

Uno puede pensar que a nadie se le va a ocurrir invadir Rusia, pero no es así como lo ven los rusos, y con razón. En los últimos quinientos años han sido invadidos varias veces por el oeste. Los polacos llegaron cruzando la llanura nordeuropea en 1605, seguidos por los suecos comandados por Carlos XII en 1708, los franceses con Napoleón al frente en 1812 y los alemanes por partida doble, en ambas guerras mundiales, en 1914 y 1941. Mirándolo desde otro ángulo: si contamos desde la invasión napoleónica de 1812, e incluimos esta vez la guerra de Crimea de 1853-1856, hasta desembocar en 1945, los rusos han tenido que combatir al enemigo, en el interior o en los alrededores de la llanura nordeuropea, una vez cada treinta y tres años.

Al final de la Segunda Guerra Mundial, en 1945, los rusos ocuparon el territorio arrebatado a los alemanes en Europa central y oriental, parte del cual pasó a formar parte de la URSS, la cual empezó a parecerse a marchas forzadas al viejo Imperio ruso. En 1949, la Organización del Tratado del Atlántico Norte (OTAN) se formó a partir de la asociación de diversos Estados europeos y norteamericanos con el propósito de defender Europa y el Atlántico Norte de los peligros derivados de la hostilidad soviética. La mayoría de los Estados

comunistas de Europa, bajo el liderazgo ruso, respondieron formando el Pacto de Varsovia en 1955, un tratado de defensa militar y de asistencia mutua. En teoría, el Pacto estaba forjado en hierro, pero en retrospectiva quedó claro que a principios de la década de 1980 ya se estaba oxidando, y tras la caída del Muro de Berlín en 1989 se hizo añicos.

El presidente Putin no es fan del último presidente soviético, Mijaíl Gorbachov. Le acusa de haber debilitado la seguridad de Rusia y ha calificado el desmoronamiento de la antigua Unión Soviética en los años noventa como «uno de los desastres geopolíticos más colosales del siglo».

Desde entonces, Rusia ha observado con ansiedad los acercamientos constantes de la OTAN a su área de influencia, pues ha ido incorporando a su órbita países que Rusia sostiene que la OTAN le prometió que nunca se integrarían: la República Checa, Hungría y Polonia en 1999, Bulgaria, Estonia, Letonia, Rumanía y Eslovaquia en 2004, y Albania en 2009. La OTAN asegura que jamás realizó tales promesas.

Como cualquier superpotencia, Rusia piensa en términos de los próximos cien años y entiende que en ese período cualquier cosa puede ocurrir. ¿Quién habría imaginado hace un siglo que Estados Unidos tendría fuerzas militares desplegadas en Polonia, a unos pocos centenares de kilómetros de Moscú, y en los Países Bálticos? En 2004, transcurridos apenas quince años desde 1989, todos los Estados del antiguo Pacto de Varsovia salvo Rusia formaban parte de la OTAN o de la Unión Europea.

Moscú ha tomado buena nota de ello y también de la historia rusa.

Como concepto, Rusia se remonta al siglo IX y a una deslavazada federación de tribus eslavas orientales conocida como Rus de Kiev, con base en Kiev y otros pueblos a lo largo del río Dniéper en lo que hoy conforma Ucrania. Durante

la expansión de su imperio, los mongoles lanzaron continuos ataques sobre la región desde el sur y el este, hasta que finalmente la conquistaron en el siglo XIII. La incipiente Rusia se asentó en el noreste, en la ciudad de Moscú y sus alrededores. Esta Rusia primigenia, conocida como el Gran Principado de Moscú, resultaba indefendible. No contaba con montañas ni desiertos, y solo con un puñado de ríos. La llanura se extendía en todas direcciones y al otro lado de la estepa, al sur y al este, estaban los mongoles. El invasor podía avanzar por donde se le antojara y la naturaleza proveía escasas posiciones defensivas que ocupar.

Al entrar en la escena política, Iván el Terrible, el primer zar, llevó a la práctica la idea del ataque como defensa —por ejemplo, empezando una expansión a base de consolidar el territorio y solo entonces salir al exterior—. Esto condujo a la grandeza. Nos encontramos frente a un hombre que practicaba la teoría de que los individuos pueden cambiar la historia. Sin su carácter despiadado y su visión, la historia de Rusia habría sido muy diferente.

La Rusia en gestación había dado inicio a una expansión moderada bajo el abuelo de Iván el Terrible, Iván el Grande, que se aceleró tras la llegada al poder del joven Iván en 1533. Avanzó hacia al este por los montes Urales, hacia el sur por el mar Caspio y hacia el norte en dirección al círculo polar ártico. Ganó acceso al mar Caspio y luego al mar Negro, sirviéndose de las montañas del Cáucaso como barrera parcial entre él y los mongoles. Se construyó una base militar en Chechenia para frenar las incursiones de sus atacantes, ya fueran la Horda de Oro mongola, el Imperio otomano o los persas.

Aunque se produjeron reveses, Rusia consiguió, a lo largo del siglo siguiente, avanzar más allá de los Urales y penetrar en Siberia hasta acabar incorporando todo el territorio que conducía a la costa del Pacífico, muy hacia al este.

Los rusos disponían ahora de una zona de contención y de un *hinterland* —es decir, de recursos estratégicos— a los que replegarse en caso de invasión. Nadie iba a atacarlos en bloque por el mar Ártico, ni acometería el cruce de los Urales para darles alcance. Su territorio se estaba convirtiendo en la Rusia que hoy conocemos, y para llegar hasta ella desde el sur o el sudeste se necesitaba un gran ejército, una línea de abastecimiento muy extensa y superar posiciones defensivas.

En el siglo XVIII, Rusia —bajo Pedro el Grande, fundador del Imperio ruso en 1721, y luego bajo la emperatriz Catalina la Grande— miró hacia el oeste, expandiendo su imperio hasta convertirse en una de las grandes potencias europeas, con el comercio y el nacionalismo como principales fuerzas impulsoras. Dotada de mayor seguridad y poder, Rusia fue capaz de ocupar Ucrania y llegar a los Cárpatos. Se adueñó de la mayor parte de lo que hoy llamamos Estados bálticos: Lituania, Letonia y Estonia. De esta forma quedaba protegida de cualquier incursión desde esa zona, ya fuera por tierra o por el mar Báltico.

Alrededor de Moscú se desplegaba un anillo gigantesco que constituía el corazón del país. Arrancaba en el Ártico, descendía a través de la región del Báltico, cruzaba Ucrania, los Cárpatos, el mar Negro, el Cáucaso y el mar Caspio, y ascendía de nuevo por los Urales, que se extendían hasta el círculo polar ártico.

En el siglo XX, la Rusia comunista creó la Unión Soviética. Bajo el lema «Proletarios del mundo, uníos», la URSS no era más que el Imperio ruso a gran escala. Después de la Segunda Guerra Mundial se extendía del Pacífico a Berlín, del Ártico a las fronteras de Afganistán: una superpotencia económica, política y militar con Estados Unidos como único rival.

Rusia es el país más grande del mundo, tiene dos veces el tamaño de Estados Unidos y de China, cinco veces el de India,

veinticinco veces el de Reino Unido. De todos modos, cuenta con una población relativamente pequeña, de unos 144 millones, menor que la de Nigeria o Pakistán. Su temporada de cultivo es corta y debe esforzarse por distribuir adecuadamente las cosechas por los once husos horarios que se gobiernan desde Moscú.

Rusia, hasta los Urales, es una potencia europea por lindar con Europa continental, pero no es una potencia asiática pese a delimitar con Kazajistán, Mongolia, China y Corea del Norte, y mantener fronteras marítimas con varios países, incluidos Japón y Estados Unidos.

La excandidata a la vicepresidencia estadounidense Sarah Palin fue ridiculizada cuando se informó que había declarado: «Uno puede ver Rusia desde tierra aquí en Alaska», una frase que los medios de comunicación transformaron en: «Puedo ver Rusia desde mi casa». Lo que realmente dijo fue: «Uno puede ver Rusia desde tierra aquí en Alaska, desde una isla de Alaska». Llevaba razón. Existe una isla rusa en el estrecho de Bering que está situada a unos cuatro kilómetros de una isla estadounidense en el mismo estrecho, la Diómedes Menor, distinguible a simple vista. Por lo tanto, es cierto que desde Estados Unidos se puede ver Rusia.

En un punto muy elevado de los Urales hay una cruz que señala dónde termina Europa y empieza Asia. Con el cielo despejado supone un bello enclave que, entre los abetos, permite abarcar con la mirada muchos kilómetros hacia el este. En invierno está cubierto de nieve, igual que la llanura de Siberia que se extiende debajo hasta la ciudad de Ekaterimburgo. A los turistas les gusta visitarlo para colocar un pie sobre Europa y otro sobre Asia. Sirve de recordatorio de lo inmensa que es Rusia cuando se advierte que, para ver esa cruz, apenas se ha cubierto una cuarta parte del territorio del país. Puede que se hayan recorrido unos 2.400 kilómetros desde San Pe-

tersburgo, a través de Rusia occidental, hasta alcanzar los Urales, pero aún quedan otros 7.200 kilómetros que cubrir antes de llegar al estrecho de Bering, y a un hipotético avistamiento de la señora Palin, frente a Alaska en Estados Unidos.

Poco después de la caída de la Unión Soviética, estuve en los Urales, en ese punto en el que Europa se convierte en Asia, acompañado de un equipo de filmación ruso. El cámara era un veterano de la profesión, taciturno, estoico y canoso, amén de hijo de un antiguo cámara del Ejército Rojo que había filmado mucho material durante el asedio alemán a Stalingrado. Le pregunté: «¿Te consideras europeo o asiático?». Tras meditar durante unos segundos, respondió: «Ni lo uno ni lo otro. Soy ruso».

Con independencia de sus credenciales europeas, Rusia no es una potencia asiática por múltiples razones. Aunque un 75 por ciento de su territorio se encuentra en Asia, solo un 22 por ciento de su población vive en ella. Puede que Siberia sea el cofre del tesoro de Rusia al contener la mayor parte de sus riquezas minerales, petróleo y gas, pero también es una tierra inclemente, donde uno se congela durante meses, de bosques vastos (la taiga), terrenos pobres para la labranza y grandes zonas pantanosas. Solo dos redes ferroviarias van del oeste al este: el Transiberiano y la línea Baikal-Amur. Son contadas las rutas de transporte que llevan de norte a sur, lo que significa que Rusia no lo tiene fácil para exportar energía en dirección sur, hasta la Mongolia moderna o China: carece de la mano de obra y de las líneas de abastecimiento para conseguirlo.

A largo plazo es posible que China llegue a controlar partes de Siberia, pero esto sería resultado del descenso de la natalidad rusa y de los movimientos migratorios chinos hacia el norte. Ahora mismo, en un punto tan al oeste como es la llanura de Siberia Occidental, entre los Urales al oeste y el río Yenisei a unos 1.600 kilómetros al este, uno se encuentra con

restaurantes chinos en la mayoría de las ciudades y pueblos. Pronto habrá muchos otros negocios. Es aún más probable que las desiertas y crecientemente despobladas regiones del Lejano Oriente de Rusia estén llamadas a verse bajo el control cultural de China y, con el tiempo, del político.

Cuando uno sale del corazón de Rusia, buena parte de la población de la Federación Rusa no es étnicamente rusa y no muestra mucha lealtad hacia Moscú, lo que activa un sistema de seguridad agresivo, parecido al de los tiempos soviéticos. La Rusia soviética era una potencia colonial que mandaba sobre naciones y personas que no sentían vínculo alguno con sus amos. Partes de la Federación Rusa —por ejemplo, Chechenia y Daguestán— siguen sintiéndose así.

A finales del siglo pasado, la suma de expansión desmedida, despilfarro, políticas económicas aberrantes en un territorio no diseñado para las personas y la derrota en las montañas de Afganistán desembocaron en la caída de la URSS. El Imperio ruso se encogió hasta regresar, más o menos, a las medidas de la era precomunista con sus fronteras europeas deteniéndose en Estonia, Letonia, Bielorrusia, Ucrania, Georgia y Azerbaiyán. La invasión soviética de Afganistán en 1979, en apoyo del Gobierno comunista afgano contra las guerrillas musulmanas anticomunistas, nunca tuvo como objetivo llevar los parabienes del marxismo-leninismo al pueblo afgano. La idea era asegurarse de que Moscú controlaba la zona para prevenir que lo hiciera otro.

De forma crucial, la invasión de Afganistán también dio alas al gran sueño ruso de que su ejército pudiera «lavarse las botas en las cálidas aguas del océano Índico» según expresión del político ultranacionalista ruso Vladímir Zhirinovski, y conseguir así lo que nunca tuvo: un puerto de aguas cálidas, donde el agua no se congela en invierno, y acceso libre a las principales rutas comerciales del mundo. Los puertos situados en el

Ártico, como es el caso de Múrmansk, se congelan cada año durante varios meses: Vladivostok, el mayor puerto ruso del océano Pacífico, queda bloqueado cuatro meses por efecto del hielo y se halla cercado por el mar de Japón, bajo dominio japonés. Esto no solo interrumpe el flujo mercantil, sino que impide a la flota rusa operar como una potencia global. Además, el transporte marítimo es mucho más económico que el terrestre y el aéreo.

De todas formas, las imponentes llanuras de Kandahar y las montañas de Hindú Kush han parado los pies a todas las potencias invasoras en Afganistán, lo que le ha granjeado el apodo de «Cementerio de los Imperios». La experiencia afgana recibe en ocasiones el calificativo de «el Vietnam de Rusia»; el sueño de Moscú de poseer rutas marítimas a aguas cálidas se ha visto diluido desde entonces, y quizá en estos momentos esté más lejos de cumplirse que en los últimos doscientos años.

Carecer de un puerto de aguas cálidas con acceso directo a los océanos ha sido siempre el talón de Aquiles de Rusia, de una relevancia estratégica tan significativa como la llanura nordeuropea. Rusia adolece de desventajas geográficas y si su poder no es menor, se debe a sus reservas de petróleo y gas. No es de extrañar que, en su testamento de 1725, Pedro el Grande aconsejara a sus descendientes: «Acercaos cuanto sea posible a Constantinopla y a India. Sus gobernantes serán los verdaderos soberanos del mundo. En consecuencia, azuzad guerras continuas, no solo en Turquía sino en Persia... Penetrad hasta el golfo Pérsico, avanzad hasta India».

Cuando la Unión Soviética se derrumbó, se desgajó en quince países. La geografía se vengó de la ideología de los soviéticos y de nuevo emergió un dibujo más lógico en el mapa, aquel en el que las montañas, los ríos, los lagos y los mares delineaban dónde vivía la gente y dónde los unos se separaban de los otros y, como resultado, cuáles eran las lenguas y costumbres que cada cual de-

sarrollaba. La excepción a esta regla eran los países con nombres acabados en *-stan*, caso de Tayikistán, cuyas fronteras fueron establecidas por el propio Stalin para debilitar a cada Estado al asegurarse de que incluyera amplias minorías de otros Estados.

Si uno adopta la visión a largo plazo que concede la historia —lo que hace la mayoría de los diplomáticos y estrategas militares—, todo sigue en el aire para cada uno de los ex Estados de la URSS y algunos de los miembros de la antigua alianza militar del Pacto de Varsovia. Su situación puede dividirse en tres tipologías: los neutrales, los prooccidentales y los prorrusos.

Los países neutrales —Uzbekistán, Azerbaiyán y Turkmenistán— son aquellos con menos motivos para aliarse con Rusia u Occidente. Ello se debe a que los tres producen su propia energía, al tiempo que su seguridad y sus relaciones comerciales no dependen de ninguno de los dos bandos.

En la esfera prorrusa se encuentran Kazajistán, Kirguistán, Turkmenistán, Bielorrusia y Armenia. Su economía está ligada a la de Rusia de un modo similar a la de Ucrania oriental (otra de las razones para la rebelión allí). El más grande de ellos, Kazajistán, ha tendido puentes diplomáticos con Rusia y la extensa minoría rusa que acoge está bien integrada. De los cinco países, todos excepto Tayikistán se han unido a Rusia en la nueva Unión Económica Euroasiática (una suerte de Unión Europea de segunda fila), la cual celebró su primer aniversario en enero de 2016. Y todos ellos conforman una alianza militar con Rusia bautizada como Organización del Tratado de Seguridad Colectiva (OTSC). La OTSC sufre el menoscabo de carecer de un nombre pronunciable y de ser un Pacto de Varsovia descafeinado. Rusia mantiene tropas militares en Kirguistán, Tayikistán y Armenia.

Por otro lado están los países prooccidentales que antes formaban parte del Pacto de Varsovia y que hoy son miembros de la OTAN y/o la Unión Europea: Polonia, Letonia,

Lituania, Estonia, la República Checa, Bulgaria, Hungría, Eslovaquia, Albania y Rumanía. No es casualidad que muchos de ellos sean los que más sufrieron bajo el yugo soviético. Añádenseles Georgia, Ucrania y Moldavia, que desearían ingresar en ambas organizaciones, pero se las ha mantenido a distancia por su proximidad a Rusia y porque las tres cuentan con tropas rusas o milicias prorrusas en su territorio. Si cualquiera de ellas entrara a formar parte de la OTAN, podría desencadenarse una guerra.

Todo lo dicho explica por qué en 2013, cuando las batallas políticas por el destino de Ucrania se recrudecían, Moscú prestaba mucha atención.

Mientras en Kiev hubiera un Gobierno de ascendiente prorruso, los rusos podían estar tranquilos de que su zona de contención permanecería intacta y protegería la llanura nordeuropea. Incluso una Ucrania neutral que prometiera no ingresar en la UE ni en la OTAN, así como respetar el usufructo que Rusia tiene del puerto de aguas cálidas de Sebastopol, en Crimea, resultaría aceptable. Que Ucrania dependiera energéticamente de Rusia convertía en aceptable su posicionamiento neutral, aunque resultara irritante. Ahora bien, ¿una Ucrania prooccidental con ambiciones de unirse a las dos grandes alianzas occidentales y que sembrara dudas sobre el acceso de Rusia a su puerto en el mar Negro? Eso sería intolerable.

El presidente de Ucrania, Víktor Yanukóvich, intentó jugar a dos bandas. Flirteó con Occidente pero rindió tributo a Moscú, de aquí que Putin lo tolerara. Cuando estuvo cerca de firmar un acuerdo comercial de envergadura con la Unión Europea, el cual podía acabar derivando en su adhesión, Putin empezó a apretarle las tuercas.

Para los altos mandos de las relaciones exteriores de Rusia, ser miembro de la UE supone la antesala de la OTAN, y para Rusia, el ingreso de Ucrania en la OTAN supone una línea

roja. Putin aumentó su presión sobre Yanukóvich, le hizo una oferta que este escogió no rechazar, y el presidente ucraniano rompió su acuerdo con la UE e hizo un pacto con Moscú, desencadenando las protestas que conducirían a su derrocamiento.

Los alemanes y los estadounidenses respaldaron a los partidos de la oposición. Berlín vio en Vitali Klichkó, excampeón mundial de boxeo reconvertido en político, a su hombre. Occidente atraía intelectual y económicamente a Ucrania hacia sí, mientras ayudaba a los ucranianos prooccidentales a avanzar en su causa a base de formar y financiar a algunos de los partidos democráticos de la oposición.

Los enfrentamientos callejeros se desencadenaron en Kiev y crecieron las protestas a lo largo y ancho del país. En el este, la multitud salió en defensa del presidente, mientras que en el oeste, en ciudades como Leópolis (que antes formó parte de Polonia), estaban ocupados en desembarazarse de cualquier influencia prorrusa.

A mediados de febrero de 2014, Leópolis y otras áreas urbanas dejaron de estar controladas por el Gobierno. El 22 de febrero, después de docenas de muertos en Kiev, el presidente abandonó el país al temer por su vida. Facciones antirrusas, algunas prooccidentales y otras profascistas, se hicieron con el poder. Desde ese momento, la suerte estuvo echada. Al presidente Putin no le quedaba otro remedio que anexionarse Crimea. Esta no solo acogía a muchos ucranianos rusoparlantes sino también algo mucho más relevante: el puerto de Sebastopol.

Este imperativo geográfico, y el desplazamiento global de la OTAN hacia el este, era precisamente lo que Putin tenía en mente cuando, en el marco de un discurso sobre la anexión, declaró: «Rusia se encontró en una posición de la que no podía hacer marcha atrás. Si uno aplasta un muelle hasta el fondo, revertirá con fuerza a su estado original. Esto es algo que jamás debemos olvidar».

Sebastopol es el único puerto de aguas cálidas de grandes dimensiones con el que cuenta Rusia. De todos modos, el acceso al Mediterráneo desde el mar Negro está restringido desde la Convención de Montreal de 1936 que concedió a Turquía —hoy miembro de la OTAN— el control sobre el Bósforo. Buques de la Armada rusa navegan por el estrecho, si bien en pequeños grupos, aunque no se les permitiría hacerlo de producirse un conflicto. Incluso después de cruzar el Bósforo, los rusos deberían navegar por el mar Egeo para poder acceder al Mediterráneo, y cruzar el estrecho de Gibraltar de cara a desembocar en el océano Atlántico, o bien obtener autorización para descender por el canal de Suez para alcanzar el océano Índico.

Los rusos disponen de una presencia naval modesta en Tartús, en la costa mediterránea de Siria (esto explica en parte su apoyo al Gobierno sirio cuando estallaron los enfrentamientos en 2011), pero se trata de una base de suministros y reabastecimiento limitada, no de una flota potente.

Otro problema estratégico es que, en caso de guerra, los rusos tampoco podrían salir del mar Báltico por culpa del estrecho de Skagerrak, que conecta con el mar del Norte. El paso, de escasa amplitud, está bajo el control de dos miembros de la OTAN, Dinamarca y Noruega. Pero incluso si los buques consiguieran atravesarlo, la ruta hacia el Atlántico pasa por lo que se conoce como la Brecha GIUK (Groenlandia/Islandia/Reino Unido) en el mar del Norte (sobre la que volveremos al hablar de Europa Occidental).

Los rusos no han perdido el tiempo tras la anexión de Crimea. Están construyendo la flota del mar Negro en Sebastopol y un nuevo puerto marítimo en la ciudad rusa de Novorosiisk. Pese a que su dársena natural no tiene mucha profundidad, les otorgará una capacidad extra. Se han encargado ochenta barcos nuevos y varios submarinos. La flota seguirá incapacitada

para abandonar el mar Báltico durante un conflicto bélico, si bien su volumen está aumentando.

Para contrarrestar la situación, es de esperar que, a lo largo de la próxima década, veamos a Estados Unidos azuzando a Rumanía, uno de sus socios en la OTAN, para que incremente su flota en el mar Negro, y confiando en Turquía para mantener el control en el Bósforo.

Crimea formó parte de Rusia durante dos siglos, antes de ser transferida a la república soviética de Ucrania en 1954 por el presidente Jruschov. En aquel momento se creía que los soviéticos se perpetuarían, lo que significaba estar bajo el control de Moscú para siempre. Cuando Ucrania dejó de ser soviética, e incluso prorrusa, Putin fue consciente de que la situación exigía un cambio. ¿Lo sabían los diplomáticos occidentales? En caso negativo, desconocían la primera norma de la «diplomacia»: frente a cualquier amenaza existencial, una gran potencia hará uso de la fuerza. En caso afirmativo, probablemente consideraron que la anexión de Crimea por Putin era un precio que merecía la pena pagar con el fin de atraer a Ucrania a la Europa moderna y a la esfera de influencia occidental.

Una visión generosa sería considerar que Estados Unidos y Europa deseaban dar la bienvenida a Ucrania al mundo democrático en calidad de miembro de pleno derecho de sus instituciones liberales y colocarla bajo el imperio de la ley, contra lo que Moscú poco podía hacer. Esta visión no tiene en cuenta el hecho de que la geopolítica sigue existiendo en el siglo XXI ni que Rusia no opera bajo el imperio de la ley.

Enardecido, el nuevo Gobierno interino de Ucrania se apresuró a realizar algunos anuncios imprudentes, no siendo el menor de ellos su intención de abolir el ruso como segunda lengua oficial en varias regiones. Dado que en ellas se concentraba la mayor parte de los rusoparlantes y el sentimiento

ruso era más acusado, Crimea incluida, el anuncio estaba llamado a desencadenar una reacción. También dio a Putin el argumento propagandístico de que los rusos étnicos dentro de Ucrania necesitaban ser protegidos.

El Kremlin cuenta con una ley que obliga a su Gobierno a proteger a los «rusos étnicos». La definición del término es intrínsecamente escurridiza ya que Rusia decide sobre la misma cada vez que estalla una crisis potencial en la antigua Unión Soviética. Cuando al Kremlin le convenga, el ruso étnico será definido sencillamente como aquel individuo que tenga el ruso como primera lengua. Otras veces se recurrirá a la nueva ley de ciudadanía, que establece que si tus abuelos residieron en Rusia y el ruso es tu lengua materna, tienes derecho a la ciudadanía rusa. Bajo estas condiciones, al surgir una crisis la gente estará más predispuesta a aceptar los pasaportes rusos con el fin de cubrirse las espaldas, lo que allanará el camino a Rusia para entrar en un conflicto.

Aproximadamente el 60 por ciento de la población de Crimea es «étnicamente rusa» por lo que el Kremlin se encontró con una puerta a la que apenas tuvo que darle un empujoncito. Putin respaldó las protestas anti-Kiev y causó tanto alboroto que al final «se vio en la obligación» de movilizar tropas desde los confines de la base naval hasta las calles para proteger a la gente. Las fuerzas militares ucranianas desplegadas en la zona carecían de recursos para contener a la gente y al ejército ruso, por lo que se retiraron enseguida. Una vez más, Crimea se convirtió *de facto* en parte de Rusia.

Se podría argumentar que Putin sí tenía elección: podría haber respetado la integridad territorial de Ucrania. Pero dado que jugaba con la suerte geográfica que Dios le había concedido a Rusia, esta, en realidad, no fue jamás una opción viable. No iba a convertirse en el «hombre que perdió Crimea» y con ella el único puerto digno de aguas cálidas al que su país tenía acceso.

Nadie salió al rescate de Ucrania mientras perdía un territorio equivalente al tamaño de Bélgica o del estado norteamericano de Maryland. Ucrania y sus vecinos eran conscientes de una verdad geográfica: si no se forma parte de la OTAN, Moscú está cerca y Washington D.C., lejos. Para Rusia se trataba de una cuestión existencial: no podía permitirse perder Crimea, mientras que Occidente sí.

La Unión Europea impuso sanciones limitadas. Limitadas porque diversos países europeos, Alemania entre ellos, dependen de la energía rusa para calentar sus hogares en invierno. Los oleoductos circulan de este a oeste y el Kremlin puede abrir y cerrar el grifo a su antojo.

El poder político detrás de la energía se hará patente una y otra vez en los años venideros, y se recurrirá al concepto de «rusos étnicos» para justificar cualquier movimiento de Rusia.

En un discurso de 2014, el presidente Putin se refirió brevemente a «Novorussia» o «Nueva Rusia». Los que siguen atentamente los pasos del Kremlin respiraron hondo. Putin había resucitado el título geográfico concedido a lo que hoy conforma el sur y el este de Ucrania, zonas que Rusia había ganado al Imperio otomano durante el reinado de Catalina la Grande a finales del siglo XVIII. Catalina esparció población rusa por estas regiones y exigió que el ruso fuera el idioma oficial. «Novorussia» no fue cedida a la naciente República Socialista Soviética de Ucrania hasta 1992. «¿Por qué? —se preguntó retóricamente Putin—. Que Dios los juzgue.» En su discurso enumeró las regiones ucranianas de Járkov, Lugansk, Donetsk, Jersón, Mykolaiv y Odesa, tras lo cual dijo: «Rusia perdió estos territorios por diversos motivos, pero la gente permaneció en ellos».

Varios millones de rusos étnicos siguen asentados en el interior de lo que fue la URSS, aunque fuera de Rusia.

No resulta sorprendente que, después de apoderarse de Crimea, Rusia se dedicara a espolpear los levantamientos prorrusos en Lugansk y Donetsk, los corazones industriales de Ucrania oriental. A Rusia le sería muy sencillo movilizar tropas militares hasta la orilla oriental del río Dniéper en Kiev. Pero no le convienen los problemas que le acarrearía. Resulta mucho menos doloroso, y más económico, respaldar las turbulencias en las fronteras orientales de Ucrania y recordarle a Kiev quién controla los suministros de energía, con el fin de asegurarse que su encaprichamiento con el seductor Occidente no deriva en un matrimonio consumado en el altar de la UE o de la OTAN.

Facilitar apoyo encubierto a los levantamientos de Ucrania oriental también fue sencillo desde un punto de vista logístico y contó con el beneficio añadido de poder desmentirlo en los foros internacionales. Mentir de forma descarada frente a la gran cámara del Consejo de Seguridad de la Unión Europea es fácil si el oponente no dispone de pruebas concretas de esos actos. Y aún lo es más si no desea que existan pruebas concretas en caso de estar implicado de alguna manera. Muchos políticos occidentales respiraron aliviados y murmuraron bajito: «Gracias a Dios que Ucrania no es miembro de la OTAN o habríamos tenido que intervenir».

La anexión de Crimea mostró la disposición de Rusia a tomar medidas militares para defender sus intereses en las que considera sus «cercanas regiones foráneas». La no intervención de las potencias externas fue fruto de una apuesta razonable y eso que Crimea era «factible». Está cerca de Rusia, se le pueden enviar suministros a través del mar Negro y el mar de Azov, y puede contar con el apoyo interno de grandes masas de población de la península.

Rusia no ha acabado aún con Ucrania ni con ningún sitio. A menos que se sienta amenazada, probablemente no envíe

tropas a los Estados bálticos o más allá de sus posiciones actuales en Georgia. Pero sí que presionará para aumentar su poder en Georgia y no es descartable que emprenda acciones militares en un período tan volátil.

De todos modos, igual que las acciones de Rusia en su guerra con Georgia en 2008 fueron una advertencia a la OTAN para que no se acercara, el mensaje de la OTAN a Rusia en el verano de 2014 fue: «Hasta aquí has llegado en dirección oeste, ni un paso más». Un puñado de aviones de combate de la OTAN fueron enviados a los Estados bálticos, se anunciaron maniobras militares en Polonia y los norteamericanos empezaron a planificar el despliegue preventivo de armamento lo más cerca posible de Rusia. En paralelo, se multiplicaron las visitas de representantes de los ministros de Defensa y Asuntos Exteriores a los Estados bálticos, Georgia y Moldavia para garantizarles su apoyo.

Algunos comentaristas criticaron la reacción aduciendo que seis cazas Eurofighter Typhoon de la RAF sobrevolando el espacio aéreo del Báltico poco podían hacer por detener a las hordas rusas. Pero la reacción fue una medida diplomática y la señal que se quiso lanzar fue clara: la OTAN está preparada para combatir. No cabe duda de que debería estarlo porque, si fallara a la hora de reaccionar a un ataque contra un Estado miembro, de inmediato se revelaría obsoleta. A los norteamericanos —que ya dan muestras de escorar hacia una nueva política exterior que los haga sentir menos limitados por las estructuras vigentes y más dispuestos a forjar otras nuevas cuando lo consideren necesario— no les impresionan en absoluto los compromisos que han mostrado los países europeos para aumentar el gasto en defensa.

La postura de la OTAN respecto a los tres Estados bálticos está clara. Dado que todos son miembros de la Alianza, una agresión armada contra cualquiera de ellos por parte de

Rusia activaría el Artículo 5 del acta fundacional de la OTAN, según el cual: «Un ataque armado contra uno o más (de los Estados miembros de la OTAN) en Europa o Norteamérica se considerará un ataque contra el conjunto de ellos», y añade que la OTAN acudirá a su rescate en caso de necesidad. El Artículo 5 fue invocado después de los atentados terroristas en Estados Unidos del 11 de septiembre de 2001, abriendo camino para la intervención de la OTAN en Afganistán.

El presidente Putin es un estudioso de la historia. Da la impresión de haber aprendido la lección de los años soviéticos en los que Rusia se expandió demasiado y fue forzada a contraerse. Un ataque declarado sobre los Estados bálticos supondría también un ejercicio de expansión desmedida, en especial si la OTAN y sus cabecillas políticos se aseguran de que Putin capta sus señales. Sin embargo, a comienzos de 2016, el presidente ruso envió su propia señal. Cambió la redacción del plan sobre estrategia militar de Rusia a escala global y fue más allá de lo que se expresaba en los documentos sobre estrategia naval de 2015: por primera vez, Estados Unidos fue considerado una «amenaza externa» para Rusia.

Rusia no tiene que enviar una división armada a Letonia, Lituania o Estonia para influir en ellas, pero en caso de hacerlo, lo justificará asegurando que sus populosas comunidades rusas están siendo discriminadas. Tanto en Estonia como en Letonia, una de cada cuatro personas es étnicamente rusa, y en Lituania lo es el 5,8 por ciento de la población. En Estonia, los representantes rusos afirman que están infrarrepresentados en el Gobierno y que miles de ellos carecen de cualquier tipo de ciudadanía. Esto no significa que deseen formar parte de Rusia, pero es una de las palancas de las que puede tirar Rusia para influir en los acontecimientos.

Las poblaciones de habla rusa pueden ser azuzadas para enturbiar la situación. Ya existen partidos completamente ver-

tebrados que representan a muchas de ellas. Rusia también controla la calefacción central en los hogares bálticos. Puede fijar el precio de las facturas mensuales y, si así lo decide, cortar el suministro.

Rusia continuará defendiendo sus intereses en los Estados bálticos. Estos representan una de sus flaquezas defensivas desde el colapso de la URSS, una grieta en el muro que les gustaría que se levantara desde el mar Báltico, al sur, hasta los Urales, en dirección sudeste.

Esto nos lleva a otra brecha en el muro y a otra región que Moscú contempla como un Estado potencialmente neutral. El Kremlin no aparta la vista de Moldavia.

Moldavia plantea un desafío diferente para todas las partes. Si se planteara atacarla, Rusia necesitaría cruzar Ucrania, el río Dniéper y otra frontera soberana hasta poder alcanzarla. Sería factible —con un coste de vidas significativo y utilizando Odesa como escala—, pero resultaría imposible desmentir un ataque de estas características. Aunque probablemente no desencadenaría una guerra con la OTAN (Moldavia no es miembro), acarrearía unas sanciones contra Moscú de unas proporciones jamás vistas y confirmaría lo que este autor piensa que es ya una realidad: que el enfriamiento de las relaciones entre Rusia y Occidente nos sitúa ante una nueva guerra fría.

¿Por qué desearía Rusia hacerse con Moldavia? Porque allá donde los montes Cárpatos trazan una curva al sudoeste para convertirse en los Alpes de Transilvania, hacia el sudeste hay una llanura que conduce hasta el mar Negro. Esta llanura también puede verse como un corredor plano que penetra en Rusia. Y así como los rusos preferirían controlar la llanura nordeuropea por su flanco más estrecho, en Polonia, también les gustaría controlar la llanura junto al mar Negro —también conocida como Moldavia—, en la región antaño llamada Besarabia.